

Comunicación

y

Medios



ASPECTOS FILOSOFICOS DE LA COMUNICACION POR SIGNOS

Prof. *Sergio Contardo Egaña*

INTRODUCCION

La comunicación es un fenómeno humano de la mayor trascendencia y, a la vez, de una enorme complejidad cuando se pretende analizarlo y comprenderlo. En cierto sentido constituye el trasfondo de todas las ciencias que se ocupan del hombre. En una u otra manera aparece en cuanto se profundiza en los fundamentos de dichas ciencias.

Es difícil desprender a la comunicación humana de esas múltiples formas que adquiere en la realidad concreta en que se nos presenta, e intentar asirla en sí misma, como una esencia determinada, para captarla en su precisión y luego ver cómo se materializa en las formas variadas de la vida cotidiana. Ese intento tiene mucho de la aventura de coger una idea platónica para ver después como se realiza en los seres individuales y concretos.

Sin embargo, desde la más obscura antigüedad el fenómeno de la comunicación se nos presenta como un hecho y la historia nos ilustra acerca de las más variadas técnicas que, para obtener de ella los mejores resultados, el hombre ha inventado en su interminable peregrinar. El intento de penetrar en ese fenómeno, de estudiarlo en sus causas y de conocer los medios que la

técnica ha ido creando para hacerlo cada vez más eficaz, justifica sobradamente la existencia de un conjunto de disciplinas organizadas coherentemente y que constituyen las Ciencias y Técnicas de la comunicación.

Su estudio es cada día más difícil y, a la vez, más necesario. Desde sus comienzos más simples: "El primer hombre que, deseoso de comunicar su pensamiento a otros hombres en una forma más duradera que el sonido fugaz de las palabras, grabó, acaso con un tosco sílex, en la pared de una caverna, signos convencionales cuya interpretación determinó y explicó, inventó al mismo tiempo la escritura y el arte de la lectura. Leer es penetrar por medio de signos gráficos, más o menos complicados, en el pensamiento de otro".

Dentro del amplio mundo de la comunicación, dedicaremos estas líneas a algunos aspectos de dicho fenómeno que son, justamente, aquellos que nos recuerda la cita de Pío XII que se acaba de formular.

COMUNICACION POR SIGNOS

Si no se delimitan bien los campos, el estudio de la "comunicación" puede conducirnos a exploraciones sin fin que nos lleven desde el mundo de los hechos cotidianos más prosaicos hasta el fértil e inagotable terreno de la poesía. Es por ello que he puesto como título a este trabajo: "Aspectos filosóficos de la comunicación por signos". Con ello no pretendo revestirlo de una especial profundidad y complicación sino, por el contrario, situarlo en el plano que le corresponde. Esto no es ni una investigación científica ni una experiencia técnica. Es una reflexión hecha con espíritu filosófico. Y ella no versa sobre el fenómeno de la comunicación en general sino sobre algunos aspectos de la comunicación por signos que nos conducirán a meditar sobre la verdad y la objetividad.

Lo primero que puede llamar nuestra curiosidad es el preguntarnos si acaso los términos "comunicación" y "comunicación por signos" no son simplemente sinónimos. ¿Podemos

comunicarnos si no lo hacemos a través de signos? Planteada la pregunta tendemos a contestar de inmediato con la negativa. Porque toda comunicación se hace por "medio" de palabras, de gestos, de actitudes, de comportamientos que adquieren la categoría de signos al servir de intermediarios entre aquel que desea comunicar algo y el que debe recibir dicho mensaje.

Podríamos ponernos en los extremos de una comunicación entre seres no racionales o entre seres puramente intelectuales. En el primer caso formulamos afirmaciones como la siguiente: "algunas nubes son signo de lluvia". Sin embargo, no hay allí un emisor del mensaje, salvo que tomemos por tal a esa entidad abstracta que sustantivamos como la "naturaleza". Igual cosa ocurre cuando decimos: "la fiebre es signo de enfermedad", "el humo es signo de fuego" y tantos otros ejemplos semejantes. Ni la enfermedad ni el fuego son emisores que envían sus mensajes. Pero no podemos desconocer que si vemos la nube o el humo o comprobamos la fiebre conocemos que lloverá, que hay fuego o que hay enfermedad. Caben aquí, entonces, dos preguntas: ¿son éstos signos? ¿es ésta una comunicación?

Antes de seguir hagamos una advertencia. Tengamos cuidado con extender demasiado el concepto de "comunicación" y convertirlo poco menos que en un sinónimo del concepto de "ser". Porque aquí podría aplicarse aquella ley de la lógica de que extensión y comprensión de los conceptos están en razón inversa, y encontramos así con un término que por decir demasiado no dice nada.

Para evitar este problema tomamos el concepto de comunicación en una acepción bien determinada como la que señala el Diccionario de la Real Academia Española, al decir que comunicar es "descubrir, manifestar o hacer saber a uno alguna cosa". Se trata, entonces, de una acción transitiva por la cual un sujeto humano se relaciona con otro sujeto humano para descubrirle, manifestarle o hacerle saber una cosa. Y entendemos por "cosa", con el mismo diccionario, "todo lo que tiene entidad, ya sea corporal o espiritual, natural o artificial, real o abstracta". No se trata de entregar, traspasar o ceder dicha cosa sino descubrirla

o hacérsela saber, para lo cual hay que disponer de un medio que cumpla esta doble y difícil misión: encerrar en sí de algún modo el sentido de esa cosa y servir para que el otro lo descubra o lo sepa. Este medio es el signo.

Para no hacer muchos rodeos digamos que entendemos por signo a un cierto ser a través del cual se relacionan dos o más sujetos, de modo que uno de ellos le otorga un sentido y el otro capta o comprende esa significación.

De esto se desprendería que, propiamente hablando, no hay signos naturales. Ni la nube es signo de lluvia, ni el humo de fuego ni la fiebre de enfermedad... Parece que aquí hay dos tipos de realidades diferentes. La nube, físicamente, es parte de un fenómeno complejo que en un momento de su desarrollo llamamos lluvia, como el humo lo vemos porque hay fuego y la fiebre se presenta porque el organismo está enfermo. Es lo mismo que afirmar que el beso o la caricia son signos del amor; lo que debemos decir es que son el amor en una de sus manifestaciones más visibles. Claro está que este último ejemplo lo hemos señalado sólo para hacer ver que hay ciertos hechos que son parte de otros más complejos y que, al ser observados, parecen convertirse en signos de aquellos. Sin embargo, cuando no va envuelta una intención de comunicar algo no se da propiamente un signo y, en ese sentido, en los fenómenos puramente naturales (la lluvia, el fuego, la enfermedad...) esa realidad comunicativa no está presente. No hay, entonces, signos.

Sólo cuando entra a actuar nuestra naturaleza racional y queremos comunicar a otro una experiencia, una vivencia, un conocimiento de cualquier tipo, a esos entes, hechos o actos les otorgamos un sentido, los doblamos con otra entidad, no física sino inmaterial y puramente intencional. Entonces se abren muchos caminos que enriquecen y embellecen o, a veces, afean y empobrecen nuestra existencia en común. Allí nos lanzamos unos a otros, por decirlo en una forma burdamente metafórica, ciertos "seres" cargados de sentido para que el otro los reciba, los descifre, los interprete, los entienda.

LA NATURALEZA DEL SIGNO

El signo es, entonces, ante todo una entidad, una realidad física y por lo tanto susceptible de ser captada por los sentidos. Esa entidad es la que servirá de vehículo para que un sujeto "transmita" a otro lo que él piensa, lo que siente, lo que quiere. Hay así una utilización de ese ser con una finalidad de comunicación, de manera que a través de él se producirá o se intentará producir ese traslado de conocimientos o sentimientos, ideas, órdenes o lo que fuere entre dos sujetos racionales.

En estas observaciones casi obvias van envueltas una increíble cantidad de afirmaciones filosóficas: ellas suponen, de partida, una posición metafísica realista en materia de gnoseología; además un reconocimiento de diferentes modos de existencia que, usando la terminología clásica, podemos denominar como sustancias y accidentes; suponen en el sujeto humano una realidad compuesta, física e intelectual o, si se quiere, material y espiritual, cada uno de cuyos componentes tiene sus características propias, aunque la acción exterior es el producto del único sujeto que es el compuesto. Esto, al menos, es lo que implícitamente se reconoce al desarrollar el análisis de la comunicación por signos que estamos considerando.

Nos encontramos aquí en un terreno que no pertenece a las ciencias, llámense psicología, sociología, lingüística, semiología sino a la filosofía, pero que constituye y ha constituido a lo largo de la historia una zona delicada y conflictiva, como ocurre siempre con disciplinas que ocupan terrenos fronterizos.

Así por ejemplo, en el aspecto gnoseológico, para remontarnos al pasado, no es igual concebir el conocimiento a la manera platónica con su dramática aventura por el reino de las ideas que a la manera aristotélica, la cual afirma que es posible captar esas ideas obteniéndolas por abstracción de los entes que constituyen el mundo sensible. En esta segunda alternativa es posible usar esos mismos entes como intermediarios que despiertan en otro sujeto, realmente distinto del emisor, un análogo proceso de abstracción que le permitirá, en alguna medida, captar el

sentido que el primero intentó transmitirle por medio de esa realidad sensible. Cuando tal sentido se refiere a una elaboración intelectual abstracta, el proceso es aún más complejo. Pero es preciso recordar que éste no se lleva a cabo entre dos mónadas cerradas sino entre seres humanos, racionales y sensibles, que comparten muchas de las realidades existenciales que conforman un mundo común a ambos.

Lo dicho supone que el modo de existencia que posee este ente sensible, en su nuda materialidad, es diferente al que corresponde al sentido que el emisor le otorga, en un intento por concretar o realizar aquello que él posee en su interioridad.

En el emisor el sentido existe como modificación de un sujeto en forma de idea, sentimiento, volición, etc.; en el ente sensible escogido como intermediario se transforma en un indicador, una señal, un elemento intencional. Su existencia depende de la del ente físico que de alguna manera pasa a ser su vehículo. La unidad de ambos, que denominamos signo, no tiene otra función que golpear sensiblemente al receptor y ofrecerle esa intencionalidad. El receptor la recibe e interpreta haciendo el camino inverso al que efectuó el emisor. Estamos aquí ante aquellos modos de existir que Aristóteles llamaba la sustancia y el accidente.

Todo lo anterior, por oscuro y misterioso que aparezca, configura una realidad que comprobamos en la vida a cada instante. Y ella nos conduce a reconocer en nosotros mismos esa extraña facultad de abstraer, es decir, de obtener de las realidades sensibles todo un mundo, de indefinidos límites, que constituye especialmente nuestra vida intelectual. Somos capaces de elevarnos de la materialidad envuelta en las mallas del tiempo y del espacio, sin escaparnos de las fronteras de nuestra propia existencia, al ámbito de las ideas, de los juicios, de los razonamientos, como también de buscar y encontrar el elemento sensible al que instituímos como mensajero de esas realidades inmateliales. Es el intercambio apasionante y abismante de la materia y del espíritu, que en sus mutuas relaciones nos hace capaces de comunicarnos con los demás. Y ese elemento sensible, cuyas

estructuraciones y virtualidades sin fin buscan y analizan la lingüística, la semiología y otras ciencias, es el signo.

Este signo, que es un medio para lograr un fin, lo es sólo en cuanto un sujeto lo adopta para usarlo con ese destino y le da la configuración adecuada a éste. Hay necesariamente una elaboración del ser en cuestión, razón por la cual excluimos al comienzo de la categoría propia de signo a los entes físicos que no habían sufrido semejante estructuración. El signo requiere una acción intelectual en la que se conoce el fin buscado y se elige el medio apropiado. Sólo se da, por ello, dentro del mundo de la actividad humana.

Si nos ponemos en la hipótesis a que antes nos referimos, de una comunicación entre dos seres puramente intelectuales, dos espíritus puros, ella no necesitaría tener como vehículo una realidad física como es el signo de que hablamos, sino que se produciría en una forma inmediata, no material, de acuerdo con la naturaleza propia de esos seres.

Lo anterior es un alcance que podría tener interés incluso en el análisis de algunos tipos de fenómenos de comunicación parapsicológica o de carácter religioso o místico. Pero sin entrar en estos terrenos, tan difíciles como interesantes, con lo dicho tendríamos una respuesta a la pregunta que nos formulamos al comienzo de este trabajo: ¿podemos comunicarnos si no lo hacemos por signos? Dijimos ya que la respuesta era negativa. Quizás ahora lo veamos con un poco más de claridad y con un cierto matiz: ello no es posible al menos dentro del orden de las relaciones humanas naturales.

Podría pensarse que esta afirmación es demasiado tajante, pero basta con que intentemos realizar un examen de todos los actos que llamamos de comunicación humana: intelectuales, afectivos, volitivos... y veremos que ellos no son posibles si no utilizamos ese extraño intermediario que es el signo: un ente físico—palabra, sonido, gesto, dibujo, letra, objeto de cualquier tipo— en el cual intentamos de alguna manera introducir algo que hay en nuestra interioridad psíquica para que el otro logre captarlo. Si ello no se realiza no hay manera de comunicarnos.

La naturaleza del signo, como consecuencia de lo dicho, es la de un ente real dotado de una intencionalidad o sentido que un sujeto humano ha puesto en él para lograr transmitir a otro sujeto humano un contenido intelectual, afectivo o volitivo.

CONDICIONES DE LA COMUNICACION

Estas observaciones nos obligan a precisar algunos otros aspectos de la cuestión. El hecho de que un sujeto humano, que desea comunicar a otro un determinado contenido, no pueda hacerlo directamente sino a través de un signo, nos hace ver que es prácticamente imposible que el tal contenido sea recibido por el otro en forma idéntica a la que tiene en la interioridad psíquica del primero. Por mucho que éste se esfuerce, habrá una limitación en la naturaleza misma del signo que impedirá una absoluta y fiel reproducción. Piénsese, por ejemplo, en los esfuerzos constantemente renovados del artista o del enamorado para introducir en la palabra, el sonido, la tela, el ademán, el gesto... un contenido que por mil aspectos rebasa o no se adapta a las posibilidades del ente utilizado como signo.

Cuando se le ha incorporado ese sentido, el ente pasa a tener en sí una realidad mayor que la que tenía antes. De mero ente pasó a ser un signo. Este "más" ontológico que adquiere no es, propiamente, de carácter físico como su entidad primera, sino de otra índole; es una realidad, sí, pero muy difícil de precisar. Es un algo que pone en contacto —intelectual, afectivo o volitivo— a dos sujetos; algo que existe no con un existir propio e independiente, sustancial, sino con uno que depende del existir del ente-signo, de carácter accidental, que dentro de las determinaciones aristotélicas procedería incluir en el escurridizo sentido de las relaciones.

Toda relación existe en cuanto pone en contacto a dos sujetos. En el caso que estamos considerando ese contacto parte del sentido que el primer sujeto imprime al signo y termina en la captación de ese sentido por el otro sujeto. Este sentido del signo, captado por el segundo sujeto y que perfecciona la relación es lo que denominamos: la significación.

Tal captación agrega una nueva dificultad al proceso de comunicación que estamos estudiando. Porque, como ya dijimos, el signo primariamente es una realidad física que, en cuanto tal, es también captada físicamente en el fenómeno de la percepción. Y cada uno percibe en conformidad con lo que su propia naturaleza le permite. Por esto es que no hay una simple identidad entre el sentido otorgado por el primer sujeto al signo y el significado captado por el segundo a través de sus sentidos. Los antiguos decían sabiamente que nada hay en la inteligencia que primero no haya estado en los sentidos y que todo conocimiento se adapta a la naturaleza del sujeto que conoce.

Estas limitaciones de la comunicación por signos son, a su vez, las que posibilitan muchas de sus riquezas. Son limitaciones que afectan a ambos sujetos de la comunicación. El primero, el emisor, debe tratar de encarnar, por decirlo así, una realidad muy compleja como un pensamiento, un sentimiento, una imprecación, en una realidad física que al estar frente al segundo, el receptor, sea capaz de chocar con sus sentidos y su inteligencia y de reproducir en él el mismo o análogo pensamiento, sentimiento o imprecación. Es el paso de una realidad no material a través de un elemento material para transformarse en otra realidad no material, igual o semejante a la primera. Si prescindieramos del hecho de que este fenómeno se da en la vida real y concreta de los seres humanos a cada momento, estaríamos tentados de afirmar que una tal transmutación es imposible. Esto es la comunicación por signos.

LA INTERSUBJETIVIDAD

Es interesante hacer notar que en este fenómeno están implicados muchos y muy abstrusos aspectos filosóficos. Desde luego, y aparte de los que ya anteriormente sugerimos está el de lo que suele llamarse la intersubjetividad. Tratemos de penetrar un poco en el sentido de este término.

El emisor, sujeto humano, cuerpo y espíritu, otorgó a un ente físico un sentido, que es inmaterial, e hizo posible que otro ser humano, por contacto sensible, percepción, intuición, captara

ese sentido, lo hiciera suyo y, en esa forma, tomara contacto con el otro ser. Este contacto, posible y real, es el fundamento de todas las relaciones sociales. Es una demostración no lógica pero sí vital de la comunidad de naturaleza entre los hombres y, por lo tanto, un mentís a toda posición extrema: idealista, subjetivista, inmanentista o como queramos llamarla.

El punto es de importancia en nuestro tema. Porque se da la comunicación por signos es posible expresar la verdad, la bondad, la belleza y transmitir las, como también son posibles el amor y el odio. En otras palabras, la relación entre los sujetos humanos es más que un vínculo simplemente animal por el hecho de que los hombres podemos comunicarnos por signos.

El que es capaz de captar el sentido contenido en un ente es también capaz de atravesar la barrera física que constituye el cuerpo humano y llegar al fondo psicológico de la persona del otro. Si esto no fuera posible las vinculaciones humanas no se distinguirían de las relaciones animales.

Y lo que estamos diciendo tiene un campo infinito de aplicación, desde los ámbitos de las relaciones de la vida cotidiana, a la técnica, la ciencia, el arte, la filosofía e, incluso, la religión.

Interpretar el signo, captar su sentido, descifrar el mensaje o como se dice hoy con un término muy poco eufónico, "decodificar", es un acto en sí muy simple pero enormemente complejo cuando queremos comprenderlo. Pensemos en cualquier clase de signos: una palabra o un gesto. ¿Cómo lo desciframos?

Varios aspectos habría que tener presente para responder de manera adecuada. La palabra tiene un significado. Se encuentra en el diccionario. Cómo se ha determinado este significado es materia de otra larga y difícil investigación en la que no intentamos siquiera introducirnos. Sea como fuere, tal significado ha sido en alguna forma instituido. Y como la palabra no está sola sino en un contexto, para comprenderla nos basta con conocer las normas que regulan ese contexto; digamos: la gramática. E incluso agreguemos la semántica. Con estas armas captaremos el sentido incluido en ese signo que es la palabra y que, en sí

misma, es sólo un sonido o un dibujo que ha sido cargado con un agregado que es el sentido. Entonces captamos lo que dijo o quiso decir el emisor y, como consecuencia, cogemos algo de su personalidad. Y lo que señalamos de la palabra podemos buscarlo analógicamente en los demás signos.

Pero lo captamos, también, de acuerdo con nuestra propia sensibilidad, con nuestro propio intelecto, lo que le da un matiz especial e intransferible. Eso queda sólo en mí. La significación que el signo me ha transmitido es algo que en gran medida yo he elaborado. En el signo estaba el sentido que le dio el emisor. Yo cogí el signo y con su ayuda y con ayuda de lo que yo poseo y de lo que yo soy estructuré, conformé, construí mi propia comprensión, vale decir, el significado. Y éste no es idéntico al que podía elaborar mi vecino. Queda así un marco amplio de relatividad. Es posible que se dé identidad entre ambos extremos. Se puede intentar y casi obtenerse, al menos en ciertos aspectos intelectuales. Es lo que buscan los científicos. De allí la importancia de los lenguajes científicos o especializados, cuyo paradigma parecen constituirlo las matemáticas. Puede aspirarse a tornar "evidente" el sentido o puede éste ser declarado "obvio". ¿Pero lo es verdaderamente? ¿No está siempre de por medio la función de mi percepción y comprensión personal? ¿Por qué algunos "aprenden" con tanta facilidad y a otros les cuesta tanto esfuerzo el sentido de ciertos signos como, precisamente, los matemáticos? ¿Por qué algunos descifran pronta y agudamente mientras otros parecen ser ciegos frente a los mismos signos que alguien dotó de sentido poético?

Junto a lo anterior y sirviéndole de contrapeso está el hecho de que, normalmente, emisor y receptor no sólo son ambos seres humanos que tienen en común la misma naturaleza, sino además viven en un mismo contorno social y cultural. El hecho de ser-en-el-mundo es una realidad palpable que nos hace posible aprovechar la comunidad de interpretación de signos que nuestro medio ha elaborado. De allí la utilidad del diccionario, la gramática o la semántica. De allí la dificultad de la traducción de un idioma a otro. Como también los arduos e indefinidos análisis fenomenológicos, muchas veces torturados y torturantes,

que nos ofrecen algunos desarrollos de la analítica existencial. Y la superación por experiencias profundamente vitales, comúnmente de índole no intelectual, de las barreras que frente al contacto con la subjetividad del otro nos levanta la utilización de los signos más convencionales.

LA VERDAD

Cuando Poncio Pilatos le preguntó a Jesucristo: "qué es la verdad" no obtuvo de éste una respuesta o, al menos, Pilatos no quiso escucharla. Pero antes, el propio Jesucristo había dado la respuesta a sus discípulos, diciéndoles: "yo soy la verdad".

Este hecho es no sólo interesante para el cristiano sino que también para cualquiera que se detiene un momento a reflexionar sobre el tema. Es curioso que una pregunta tal como la indicada, en la que se averigua por un concepto general, universal, "la verdad", se responda no con una definición, que es lo que se esperaba, sino con la indicación de un ser concreto, "yo". Ello nos lleva a sospechar que el concepto más apropiado de la verdad no está en el orden meramente lógico sino en el orden de la realidad física y metafísica.

Es difícil, casi imposible, definir la verdad. Pese a que se han intentado tantas definiciones a lo largo de la historia del pensamiento humano. Pero quedémonos con la que nos parece más acertada: la verdad es la adecuación entre el entendimiento y las cosas. (*Veritas est adaequatio rei et intellectus*). Esta tampoco es una definición lógica, por género próximo y diferencia específica. Es la descripción de una realidad metafísica. No se nos dice en ella lo que es la verdad sino cuándo se produce.

Esta explicación de lo que es la verdad calza muy bien con lo que hemos señalado respecto a la comunicación por signos y nos introduce en la problemática respectiva de la objetividad de la comunicación. Vamos, entonces, con un poco de calma. ¿Qué sentido tiene afirmar la adecuación de la inteligencia con la cosa conocida? ¿Cómo puede explicarse esta adecuación si la primera es una realidad psíquica, inmaterial, y la segunda física, mate-

rial? La única posibilidad de no introducirnos en los túneles sin salida que construyeron Descartes y Kant es la de reconocer que entre la cosa y el intelecto no es necesario tender un puente para que se puedan comunicar entre sí. Porque si el intelecto es una realidad psíquica, inmaterial o, si queremos, espiritual, no es un ente aparte, en sí, que esté en nuestro interior a la manera del piloto que gobierna la nave, como quería Platón sino que, por el contrario, forma una sola y única realidad con el complejo físico, material, que es nuestro propio cuerpo. Ese es el sentido de afirmar que sólo existe en la realidad la persona, como una totalidad y no sus componentes en forma independiente.

El hombre total es, así, una parte de la naturaleza, del mundo físico en medio del cual nace, vive y muere. No hay separación de ninguna especie y aun cuando justamente su capacidad de conocimiento intelectual constituye una de las características que le permiten emerger sobre ese mundo, existe en él y a través de él. El aire que respiramos, la tierra que pisamos, el alimento que consumimos, los seres que vemos, oímos y tocamos, son realidades físicas con las cuales estamos en permanente contacto también físico. Y ese contacto produce efectos en nuestro ser humano físico, un efecto que es muy interesante de observar y que llamamos la percepción.

Los seres físicos actúan sobre el hombre a través de sus sentidos. El hombre ve, oye, siente, palpa, etc., esas cosas y se produce en él una impresión sensible. Esa influencia de las cosas en el sujeto a través de la percepción pone también en movimiento el aspecto intelectual del hombre, porque éste, al contacto físico con las cosas se da cuenta que son esto o aquello. Esto que él se da cuenta que son las cosas es ya una elaboración intelectual, aunque inmediata, y la llamamos idea o concepto. Así captamos lo que son las cosas. No se ve cómo en este proceso puede darse el error, ya que todo es directo e inmediato, salvo el caso de una anormalidad o enfermedad del sujeto.

Como en todos los problemas metafísicos, debemos cuidarnos de no imaginar estas sutiles realidades a la manera de las cosas físicas. El concepto no sólo es inmaterial, en cuanto no

tiene ninguna característica física, sino que tampoco es una mera copia o imagen de la cosa captada. En él encontramos, en forma más o menos aproximada, "lo que es" una cosa, que constituye lo que tradicionalmente se ha denominado como su "esencia". Se ha efectuado el curioso trabajo de la abstracción, es decir, nuestra inteligencia se ha comportado no sólo en forma pasiva sino también activa, desprendiendo de una realidad física sus componentes fundamentales y formando en sí esa comprensión de la cosa que denominamos concepto o idea.

Cuando ese contenido intelectual se quiere expresar se utilizan, especialmente, aquellos signos que denominamos palabras e intentamos decir lo que tenemos en nuestro espíritu, tratamos de construir una definición, una proposición o un razonamiento. Pero como el lenguaje que para ello utilizamos no es, en general, algo que debamos estar inventando en cada oportunidad sino que, por el contrario, constituye un sistema ya estatuido e incluso estructurado, podemos echar mano de él para nuestros fines de expresión.

Que esto encierra también obscuridades muy grandes nadie lo duda, ya que estamos en lo interior del misterio del hombre, en ese campo apasionante en el que se mueve la relación entre el pensamiento y el lenguaje.

Pero limitándonos al objeto de nuestras reflexiones, insistimos en el hecho final: lo que concebimos en nuestras ideas no es sino el objeto que hemos captado, no en su materialidad individual sino en aquellos elementos esenciales que lo constituyen. Por esto pensamos que en tal proceso no tienen cabida adecuada las ideas de verdad o error. Esto no significa despreciar los análisis y las críticas heideggerianas ya que, en cierto modo, esa desvelación del ente que ellas nos muestran como la esencia de la verdad, corresponde dentro de una terminología diferente a este contacto directo a que nos hemos venido refiriendo y que, más que verdad, puede quizás llamarse fundamento de la verdad.

¿Cuándo se produce, entonces, este fenómeno que hemos

denominado la verdad? Cuando damos otro paso más y formulamos un juicio. Esto quiere decir lo siguiente: el sujeto que tiene en su interioridad la idea o concepto de una cosa, afirma o niega que tal cosa es esto o aquello. En este caso lo que sucede es que se está realizando un acto de agregación, de enlace —eso es la afirmación o negación— en la que se sostiene, por ejemplo: eso es una piedra, ese lápiz es azul, esa mujer es bonita...

Aquí puede producirse un acuerdo o desacuerdo entre lo que el sujeto afirma o niega y lo que se da en la realidad interna o exterior a la cual se refiere. Si hay acuerdo hay verdad, si no lo hay, hay error o falsedad.

LA OBJETIVIDAD

Esta verdad se comunica a los demás a través de signos. Y aquí enlazamos con la materia analizada anteriormente en este trabajo. Ya hemos visto las dificultades inherentes a la comunicación por signos, tanto de parte del emisor como del receptor y del signo en sí mismo. Comprendidas al menos en parte estas dificultades, ahora nos enfrentamos con las que nos presenta la comunicación verdadera. Esto es lo que suele denominarse, con cierta impropiedad, la objetividad de la comunicación.

El término "objetividad" no es muy feliz, pero podemos, al menos provisoriamente, aceptarlo, si por él entendemos que lo que el sujeto trata de comunicar a su receptor es una realidad interna propia de él o una realidad externa que él ha captado o percibido, de manera que sea recibida sin alteraciones o falseamientos, sino en conformidad a como ha sido vivida o percibida. En otras palabras, esas realidades vienen a constituir un "objeto" que se desea comunicar al otro tal cual es, es decir, "objetivamente".

Supuesta esta aclaración, cae de su peso que siempre esa comunicación pasará por el filtro de la subjetividad del emisor. Eso es imposible de evitar y es lo que ha llevado a muchos a afirmar que una comunicación objetiva es imposible. Pero la verdad es que plantear así el punto es crear inútilmente un falso

problema. Es obvio que todo lo que un sujeto comunica a otro debe ser primeramente conocido por aquel. Y que todo conocimiento se elabora sobre las bases que acabamos de analizar. Recordemos el principio de que nada hay en el intelecto que primero no haya estado en los sentidos. Ahora bien, si a esto lo llamamos subjetivismo, es asunto de cada cual. Y entonces naturalmente diremos: como todo conocimiento es subjetivo, la comunicación de él a otro será subjetiva; conclusión: no hay objetividad en la comunicación. Pero esto no pasa de ser un sofisma basado en el uso diferente de los términos "subjetivo" y "objetivo", los que en un caso se toman en sentido psicológico y en el otro en sentido gnoseológico.

La realidad es otra. El conocimiento que el sujeto comunica puede ser verdadero o falso y según ello lo será lo que recibe el receptor. La verdad o falsedad dependerán de dos factores: el primero será que lo que el sujeto emisor afirma de la cosa corresponda efectivamente a lo que esa cosa sea o no sea; lo segundo, que el signo que el sujeto escoge para transmitir su conocimiento sea utilizado de tal manera que resulte capaz de recibir el sentido apropiado y de ser descifrado adecuadamente por el receptor. Si los dos pasos son dados correcta y honestamente la comunicación, supuesto todo lo ya dicho sobre ella, será verdadera y, usando el discutido término, objetiva. En caso contrario será errónea o falsa según las situaciones.

OBJETIVIDAD PERIODISTICA

El tema de la objetividad adquiere un especial interés cuando se aplica a la llamada objetividad periodística. Aquí se cruzan una serie de variables que es preciso tomar en consideración para intentar dar una respuesta a la pregunta sobre si tal objetividad existe o no.

Desde luego se requiere tener a la vista que en este caso estamos dentro del campo de las comunicaciones sociales, es decir, de aquel tipo de comunicación en que los sujetos del proceso son plurales y en el que los signos utilizados llegan al

receptor no directamente desde el emisor sino a través de un medio técnico, cada día más complejo y sofisticado.

Si el emisor del mensaje —usando los términos consagrados por la teoría— o sea, la persona humana que desea comunicar algo, no es una sola persona sino un conjunto, un sistema estructurado sujeto a diversas instancias, se ve ya que las dificultades señaladas en los apartados anteriores se van multiplicando. Esto vale tanto para el reportero que recoge una noticia, la redacta y la entrega al jefe de informaciones o de redacción o al director del medio, como para el redactor —sea editorialista, comentarista, crítico, etc.— que ve sujeta su colaboración al criterio de un consejo de redacción o de otro jefe que debe dar la correspondiente aprobación. En todos los grados de estas instancias se dan los mismos procesos de captación del significado que antes hemos descrito. Y en estos casos hay que añadir los criterios —ideológicos, políticos, comerciales, etc.— que están presentes en las mentes de dichas instancias, todo lo cual influye de manera importante en la captación más o menos adecuada de los significados que a través de los signos utilizados ha pretendido transmitir el reportero o colaborador.

Pongamos un ejemplo. Supongamos que se trata de la versión que un periodista publica en un diario acerca de las declaraciones formuladas por un personaje importante. ¿Podemos decir que una crónica tal es verdadera y objetiva? Veamos.

¿Cómo conoció la opinión del personaje? Porque lo entrevistó y tomó notas de la conversación o la grabó. Luego hizo la redacción transcribiendo, en forma resumida, la conversación. Si pensamos en esto detalladamente encontramos lo siguiente:

El periodista y el personaje se comunican entre sí utilizando un sistema de signos común: las palabras del idioma español, cuyo significado, como antes advertimos, pretende estar establecido en el diccionario.

Cada pregunta formulada por el periodista implica que él convirtió en palabras lo que pensaba en su mente, es decir, dotó de sentido a esos signos y los emitió oralmente. El personaje los

percibió y descifró, construyendo su significado e hizo la operación a la inversa. ¿Es esto subjetividad u objetividad? ¿Es verdadero o falso?

La respuesta ya la podemos deducir: si lo que se preguntó fue correctamente expresado y comprendido e igualmente la respuesta, todo es verdadero y objetivo. Aunque el personaje haya mentido, porque ese es otro problema. Lo que captó el periodista, supuesto el uso correcto de los signos, es lo que el otro comunicó.

Sin duda que en este caso estamos simplificando bastante los diversos pasos del proceso. Porque es fácil decir que la pregunta fue correctamente expresada y comprendida, debido a que en nuestra propia exposición estamos usando ese mismo sistema de signos que reduce, a veces, a una sola palabra un sinnúmero de posibles significados. ¿Cuándo la pregunta está correctamente expresada? ¿Sólo cuando las palabras y frases se conforman de acuerdo con las normas de la sintaxis? ¿O cuando están de acuerdo con el significado que les da el diccionario? Y dejando de lado la enorme dificultad de los sinónimos, de las expresiones poéticas o científicas, incluso de los equívocos, ¿no hay una cantidad indefinida de matices, de intenciones, de sugerencias, de formas de expresar un mismo sonido que pueden dar origen a respuestas diversas o incluso contradictorias?

Análogas interrogaciones se nos presentan si consideramos la forma como el entrevistado comprende la pregunta, las variables que se le ofrecen para descifrarla, para captar su orientación, entre las cuales puede escoger y dar a su respuesta un sentido tal que permita ser interpretada en aspectos bastante diferentes.

¿Hay objetividad en todo esto? ¿Hay verdad? Hemos contestado antes en sentido afirmativo. Y ello porque junto a la problemática del uso de los signos están otros hechos vitales que permiten apreciar esa verdad y esa objetividad. Entre ellos el fundamental que antes recordamos: esta comunicación verbal no se da en un espacio abstracto, aséptico e independiente de todo otro factor sino en un mundo muy concreto, del que ambos

interlocutores y los futuros lectores forman parte y cuyas innumerables coordenadas se cruzan en múltiples formas que ayudan —o a veces hacen más difícil— el comprender que lo que se expresa por esos signos corresponde a lo que realmente se piensa y se desea expresar.

Luego viene la segunda parte. El periodista debe resumir una conversación de tres horas en tres carillas. ¿Qué hacer? Seleccionar: lo más importante, lo más atractivo, lo más ameno... y eliminar lo demás. ¿Verdad? ¿Objetividad? Sí, siempre que lo resumido corresponda a la realidad comunicada y se usen correctamente los signos dándoles, justamente, el sentido de "resumen".

En este punto el problema de la objetividad toma un cariz más técnico, más cercano al sentido de la idoneidad y responsabilidad profesional del periodista. Suponemos superadas las dificultades previas y que el texto que tiene el periodista ante sus ojos contó con la aprobación del entrevistado, quien desea ser verdaderamente comprendido en sus respuestas. Los factores que ahora intervienen para elaborar el mencionado resumen están en directa relación con determinadas normas técnico-profesionales y con la intencionalidad de la publicación en la que aparecerá. Si allí se produce un falseamiento de lo expresado por el personaje, nos encontramos en el terreno de la incompetencia profesional, como una primera posibilidad o en el de la ética profesional si tal falseamiento se ha originado en forma intencionada o ha sido provocado por alguna de las instancias de revisión antes mencionadas.

La tercera parte: el lector debe interpretar esos signos adecuadamente, convertirlos en significación. Esta tercera fase también será "verdadera" y "objetiva" si se descifra lo que realmente expresan los signos y no lo que el interés personal del lector quiere encontrar en ellos. O sea que aquí también se dan análogas dificultades, tanto de parte del proceso en sí mismo de comunicación como de la actitud con que el receptor acoge el mensaje y se apresta a descifrarlo. En este aspecto resulta importante la naturaleza del medio técnico usado con su corres-

pondiente código, a cuyas características el receptor debe ajustarse como las condiciones personales de éste, su interés, su inteligencia, su cultura, su atención, su confianza y tanto otros elementos psicológicos y sociológicos que inciden en la adecuada captación del sentido transmitido a través de los signos que el medio técnico le presenta.

Estos análisis sólo tienen la intención de hacer ver que lo que con mucha facilidad juzgamos como "objetivo" o "no objetivo" es algo bastante más complejo que lo que a primera vista aparece.

El lector común suele hacer una distinción en estas materias relativas a la comunicación social, distinción que también reciben y analizan quienes estudian específicamente estos temas. El aspecto puramente informativo de la comunicación social y en especial del periodismo puede ser apreciado con facilidad desde el punto de vista de su "objetividad" y la conclusión a que se llegue determina en gran medida la aceptación o rechazo del medio respectivo por parte del lector. En cambio en el aspecto interpretativo y opinante esa "objetividad" ya no sería posible porque estaríamos en un terreno netamente "subjetivo".

Estas apreciaciones han sido objeto de discusiones y de puntos de vista contradictorios. Es asunto que requeriría detenida reflexión. Aquí debemos limitarnos sólo a algunas breves sugerencias. Pensamos que de todo lo dicho en este trabajo quedará, al menos, la convicción de que resulta obvio que todo proceso de comunicación por signos tiene elementos subjetivos insuperables, de modo que hay que estar alerta para no extender en demasía esta comprobación y aplicarla indistintamente tanto a las funciones gnoseológicas del emisor y del receptor como a la consideración del mensaje en sí mismo.

Si leemos un artículo editorial, un comentario crítico o un reportaje y tratamos de caracterizarlo como objetivo o subjetivo, debemos necesariamente fundar nuestro juicio en otros aspectos diferentes de los anteriores. Aquí se vuelven a acercarse los conceptos de verdad y de objetividad, a los que suele agregarse con razón el de honestidad profesional. Si pensamos en estos

casos ¿qué criterios nos pueden servir para caracterizarlos como objetivos o subjetivos? Aun cuando la materia es enormemente compleja, podemos decir que lo que primeramente debemos juzgar es si los elementos de "hecho" sobre los cuales descansan las afirmaciones, los juicios estéticos o los relatos de que se trate, están conformes con la respectiva realidad. Asunto más o menos difícil según sea el objetivo sobre el que versan pero que nos proporcionará la base para estimar su mayor o menos objetividad y verdad.

Luego viene un análisis acerca de si los juicios y razonamientos contruidos sobre esos objetos están adecuadamente fundamentados. En todo caso, esos juicios corresponderán a lo que sobre tales hechos objetivos piensa el editorialista o el crítico. Esto que el piensa es su "opinión", con la cual podemos concordar o discordar. En este aspecto cabe afirmar que la dicha opinión es acertada o no, que está bien o mal fundamentada, que es más o menos sugerente, etc. Estos aspectos son los que llevan al lector corriente a calificar tales opiniones como objetivas o subjetivas, pero que la reflexión incita más bien a denominar con otras expresiones que eviten ese doble uso del término "objetivo". Porque cuando hay desacuerdo con tales opiniones puede plantearse una discusión, una polémica, la que sólo tiene sentido si parte desde algún o algunos hechos sobre los que hay consenso entre las partes.

A esto habría que agregar, de paso, otra observación: generalmente nuestra apreciación sobre la llamada "objetividad" o "no objetividad" de las comunicaciones por signos se basa, como acabamos de insinuar, en apreciaciones provenientes del mundo de la ética. Son influencias ideológicas, políticas, comerciales o de muchos otros tipos que se ejercen para que el proceso de la comunicación se distorsione y no se adapte a lo que el receptor debería captar. Estamos, entonces, en el reino de la falsedad o la mentira, en la que no se realiza la adecuación entre el intelecto y la cosa o no se da el uso correcto de los signos, con el ánimo de que la significación elaborada por el receptor sea diferente de la que debería ser. Este es un tema que no nos corresponde tocar ahora ya que nos conduce al mundo de la

ética de las comunicaciones. Contentémonos con haber intentado insinuar y en pequeña medida esclarecer los aspectos gnoseológicos del problema. ◇